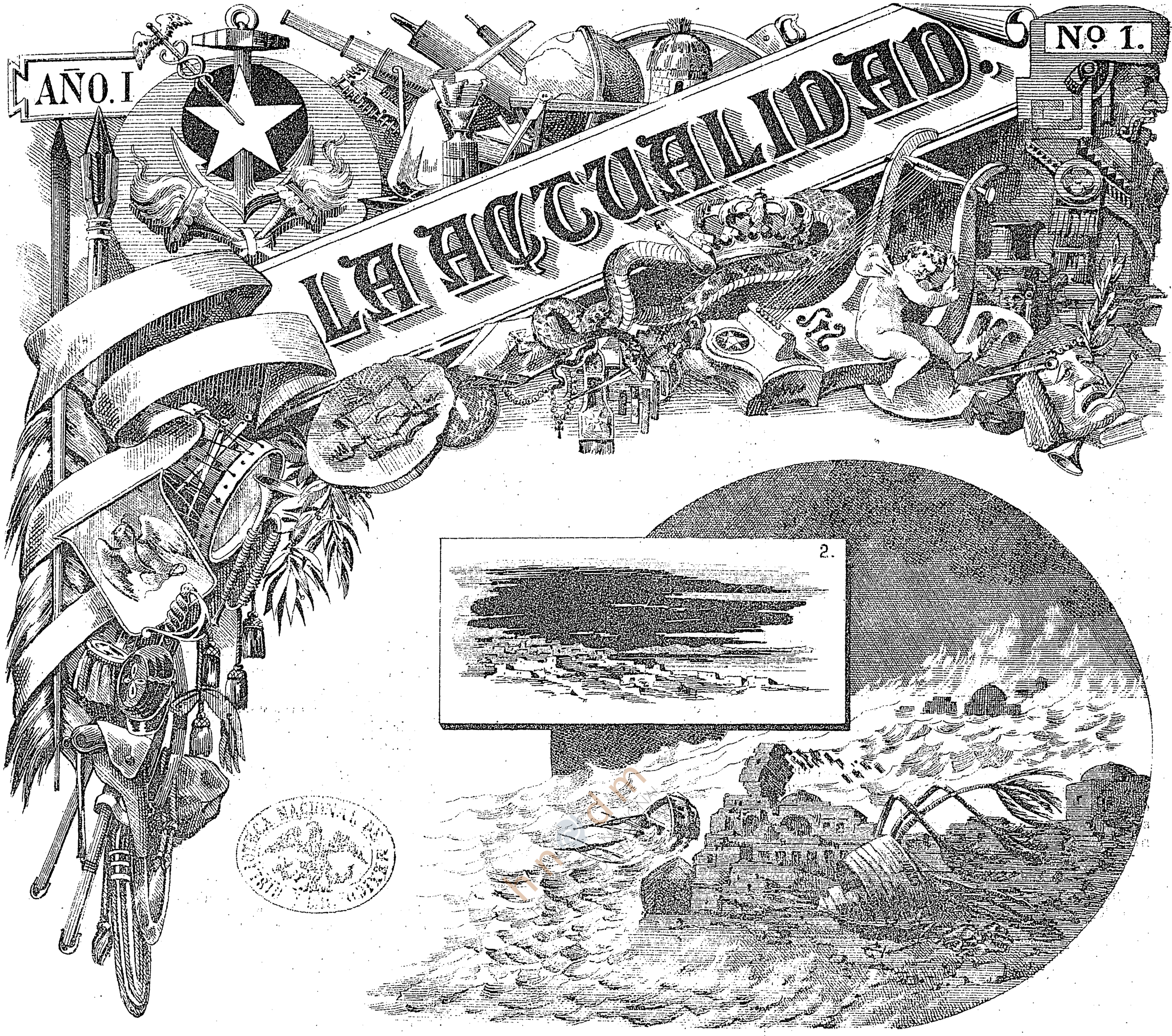

LA PESCA.

POR

GASPAR NUÑEZ DE ARCE.

POEMA.

I.

¡Cuántas veces sentado en tu ribera,
¡oh mar! como si oyera
la abrumadora voz de lo infinito,
ha despertado en la conciencia mia
honda melancolía
tu atronador, tu interminable grito!

II.

Todo enmudece y cae en el misterio:
el poderoso imperio
que la tierra asoló con sus batallas;
hasta los dioses que de polo á polo
temidos son; tú sólo
sientes rodar los siglos, y no callas.

III.

No callas, y hasta el alto firmamento
sube tu ronco acento,
y cuando revolviéndote en tí mismo
ruges furioso, en tus entrañas late
el horror del combate
que empeña el huracan con el abismo.

IV.

Solo alcanza poder tan soberano
el pensamiento humano,
como tú grande, como tú profundo,
que alzando sin cesar su voz de trueno,
forja en su ardiente seno
las glorias y catástrofes del mundo.

V.

¡Ay si decir pudieras cuanto sabes!....
¿Qué hiciste de las naves
con que surcó tu inmensidad la aciaga
y trágica ambicion? ¿A dónde han ido?
Como el mortal olvido,
tu oscuro fondo hasta el recuerdo traga.

VI.

Todo parece en tí sin dejar huella:
el barco que se estrella
contra el peñon, la armada que devoras,
los continentes que iracundo invades,
las sordas tempestades
que avanzan en tus olas bramadoras.

VII

La tierra, en cuyo seno te reclinas,
mantiene en pié las ruinas
que las ciegas catástrofes dejaron.
Tú, con desden soberbio, las rechazas:
por tí pueblos y razas
como sombras efímeras pasaron.

VIII.

El furor de los tiempos, que venciste,
solo tu voz resiste:
tu acento fué, como clamor de guerra,
el que la humanidad oyó primero,
¡ay! y será el postrero
que en su agonía escuchará la tierra.

IX.

Pero mas, mucho más que cuando inmolas
y abismas en tus olas
la insolencia del fuerte á quien humillas,
mi espíritu conturbas y enajenas
con las tristes escenas
que esparcen el terror en tus orillas.

X.

No lejos de un peñon agrio y salvaje
que con recio oleaje
el cantábrico mar bate y socava,
al través de los árboles blanquea
casi ignorada aldea,
sobre la costa inabordable y brava.

XI.

Mirando al mar, de frente al Oceano,
que sacudiendo en vano
la roca estéril sin cesar se agita,
el horizonte corta y se alza enhiesta,
sobre la calva cresta
del picacho granítico, una ermita.